

todas. De otra suerte habría de creerse a Dios mudable, si se le asignasen sucesiones temporales. Si algunos tiempos estuviesen siempre con Dios, no serían tiempo, sino eternidad, y no se cambiarían los tiempos, sino que estarían fijos.

25. El presente, el pasado y el futuro es cosa nuestra, no de Dios. Por ejemplo: decimos en presente, tengo un códice; en pretérito, tuve; en futuro, tendré. Pero Dios tiene la universalidad (de los tiempos), y en lugar de tuvo y tendrá, se dice tiene.

26. Pero ni aun a los ángeles mismos corresponde el andar y desandar de los tiempos. Porque hay dos criaturas o clases de seres para los que no valen las vicisitudes de los tiempos, a saber: los ángeles (buenos), porque están inmutablemente unidos al Creador, y aquella materia informe, antes de que fuesen formadas todas estas cosas que se mueven ya en los tiempos, para la cual verdaderamente no servía el tiempo. Por tanto, entiéndase que el tiempo no corresponde a las criaturas que están sobre los cielos, sino a las que están debajo del cielo. Pues no a los ángeles, sino a nosotros que moramos bajo el cielo en este mundo ínfimo, se nos acercan o pasan los tiempos.

CAPITULO VII

Del tiempo.

27. Manifiesta cosa es que antes del principio del mundo no hubo tiempo, porque siendo el tiempo mismo, una criatura, hase de creer que fue creado en el principio del mundo. Pues por esto se dice principio, porque en él tuvo comienzo la universalidad de los seres.

28. Ningún espacio ocupan corporalmente los tiempos, porque casi pasan antes que vienen. Por tanto, en las cosas ninguna es la estada de los tiempos, porque se mudan con el veloz movimiento de la criatura. Y ni cien años son un tiempo, ni un año es un tiempo, ni un mes es un tiempo, ni un día, ni una hora (es un tiempo), porque mientras que todas las dichas por sus partecitas se acercan y se van, ¿cómo puede llamarse una la cosa que no existe a la vez?

29. Hay que averiguar si lo pasado y lo presente existe, com existe el tiempo presente, y si existe, en dónde está. Más adviértase que todos los tiempos, los futuros, los pretéritos y los presentes han de buscarse principalmente en el alma.

30. Estos tres: pretéritos, presentes y futuros, consta que sólo pueden encontrarse en el alma, recordando los pasados, considerando los presentes, esperando los futuros. Por tanto, esperamos los que vendrán, miramos los presentes, recordamos los que pasaron. Mas esto no sucede en Dios, para quien todas las cosas existen simultáneas y presentes.

CAPITULO VIII

Del mundo.

31. El mundo consta de cosas visibles, pero que son también investigables. Mas el hombre, como compuesto de la universalidad de los seres, es, de alguna manera, otro mundo en pequeño.

32. La razón del mundo debe considerarse partiendo del hombre único. Porque así como el hombre llega al fin, que es la muerte, por las edades pasadas; así también el mundo fenece por cuanto se extiende en las épocas del tiempo, porque tanto el hombre como el mundo por lo que parecen crecer, disminuyen ambos.

33. Vanamente se arguye diciendo que Dios, habiendo estado por tantos años antes sin crear, tuvo un pensamiento nuevo de hacer el mundo; siendo así que en los eternos consejos estaba el de fabricar el mundo, y tampoco había tiempo antes del principio, sino eternidad. El tiempo tuvo principios con la sustitución de criaturas, mas la criatura no tuvo origen del tiempo.

34. Dicen algunos: ¿Qué hacía Dios antes que hiciese los cielos? ¿Por qué nació en Dios la nueva determinación de su voluntad para formar el mundo? Pero es el caso que no hubo en Dios voluntad nueva, porque sí es verdad que el mundo real no estaba, pero en las eternas razones y consejos siempre existía.

35. Dicen otros: ¿Qué cosa es el que Dios hizo de súbito el mundo que no hizo antes?, pensando que la voluntad de Dios se cambiara, porque quiso en un tiempo lo que en otro no quiso. A los cuales debe responderseles. La voluntad de Dios es Dios, porque no es Dios una cosa y otra cosa su voluntad; de modo que en Dios lo mismo es el querer, que el ser. Ahora bien, el ser de Dios ciertamente es eterno e inmutable. Luego así es la voluntad suya.

36. La materia de la que el mundo fue formado precedió a las cosas con ellas hechas, no en tiempo, sino en origen, igual que el sonido al

canto. Pues el sonido es antes que el canto, porque la suavidad de la melodía corresponde al sonido de la voz, mas el sonido no pertenece a la melodía: que por esto ambos existen simultáneamente, pero aquél, el sonido al que responde el canto melódico, es primero.

37. La materia de que fueron hechos el cielo y la tierra fue llamada informe, porque todavía no habían sido formadas aquellas cosas que estaban por formarse, aunque la materia misma había sido hecha de la nada.

38. Una cosa es que algo pueda ser hecho, otra que es necesario que sea hecho. Es necesario que sea hecho lo que Dios incluyó en las naturalezas; mas puede hacerse lo que fuera del curso dado a las criaturas, se reservó el Creador de ellas para hacerlo cuando quiera.

39. No hay que pensar que las tinieblas tengan sustancias porque diga el Señor por un profeta: “Yo, el Señor, que formo la luz y crío las tinieblas”. Porque como la naturaleza angélica que no prevaricó, se llama luz; así la que prevaricó es nombrada con el término de tinieblas. De ahí que en el principio la luz fue dividida de las tinieblas. mas por cuanto a los unos y a los otros (espíritus angélicos) crió Dios, por esto se dice: formando la luz, criando las tinieblas. No obstante, a los ángeles buenos, no sólo criándolos, sino también formándolos; pero a los malos sólo criándolos, no formándolos. Y esto debe entenderse también de los buenos y de los malos hombres.

40. En el Génesis después de haber enumerado la creación del cielo y de la tierra nómbrase al Espíritu Santo por esta razón. Pues como había que decir que El era llevado por encima, nómbranse antes aquellas cosas sobre las que se dijese que el Espíritu Santo Creador era llevado. Lo cual indica también el Apóstol, cuando demuestra los soberanos caminos de la caridad.

41. Por tanto dicese que el Espíritu Santo era llevado sobre las aguas, porque es el don divino, en el cual descansamos, y protegiéndonos es llevado sobre nosotros.

42. Cada naturaleza está apoyada en su peso (o inclinación). Mas el fuego y el aceite justamente tienden a subir a lo alto, porque con el símbolo figurativo de ellos se prueba que el Espíritu Santo es llevado sobre la universal creación.

43. El día hecho primero son los ángeles, y para insinuar la unidad de ellos no se dijo el día primero, sino el día uno; y por esto se va repitiendo siempre el día en la ejecución de la creación. El cual día, o sea, la naturaleza angélica, cuando contemplaba la creación misma, en

alguna manera atardecía, y no quedándose en la contemplación de aquella creación, sino refiriendo a Dios la alabanza de ella, y mirándola con más detenimiento en las razones divinas, al punto amanecía. Pero, si descuidando al Criador, se hubiese quedado en contemplar la creación, entonces ya no hubiera sido el atardecer, sino ciertamente la noche.

44. Cuando la criatura se conoce en Dios mejor que en sí misma, el mismo conocimiento propio, que en Dios es mayor, dícese día y luz. Mas el conocimiento de sí en sí misma, como en compensación de aquel conocimiento que hay en Dios, porque es muy inferior, llámase atardecer. Y por esto después del atardecer, amanecía. Porque en tanto que no conocía que el conocimiento propio en sí no le bastaba, para que pudiera conocer más de lleno, la criatura se refería a Dios, con lo cual, conociéndose mejor, hacía de día.

45. Cuando dijo Dios: Hágase el cielo en el principio, no lo dijo como cuando nosotros decimos transitoriamente hágase algo: porque aquello dicho está eternamente en la Palabra única. Si de paso dijo Dios el fiat, ciertamente había alguna criatura de donde saliese tal voz. Mas como antes que dijese el fiat no hubo criatura, el mismo fiat que fue dicho, fue enunciado en la eternidad del Verbo, pero no con sonido de voz.

48. No es que siete veces haya sido vista y siete veces alabada la creación, puesto que antes de que fuera hecha fue perfectamente vista por él; pero cuando nosotros al ver cada obra la alabamos, sucede como si El la viera y alabase por nuestra mediación, al estilo de aquello (Math., X-20): *No sois vosotros quien habla entonces, sino el Espíritu de vuestro Padre, el cual habla por vosotros*. Por tanto, así como El mismo habla por nosotros, así ve y alaba por medio de nosotros; mas por Sí mismo ve perenne y eternamente, mientras que por nosotros, temporalmente.

49. Atiende como en el principio las criaturas del universo son llamadas muy buenas en conjunto, aunque cada una sólo se llame buena; porque también los miembros del cuerpo, siendo bueno cada uno, producen no obstante un bien mayor cuando todos y cada uno forman un cuerpo muy bueno.

50. El decóro de todos los miembros consiste en la hermosura y en la aptitud. Ahora bien, tiene hermosura lo que es por sí mismo hermoso, com un hombre que consta de alma y de todos los miembros. En cambio, lo apto es como el vestido y la comida. Y por tanto el hombre se dice hermoso en sí, porque no es el hombre necesario para el vestido y la comida, sino que éstas son cosas necesarias para el hombre. Mas son aptas porque no siendo hermosura por sí mismas, o en sí mismas, como

el hombre, están ordenadas a otra cosa, es decir, acomodadas para el hombre, pero no necesarias para sí mismas.

Otro tanto ha de decirse de la naturaleza de los restantes elementos.

49. Todas cuantas cosas son y fueron hechas son muy de admirar, pero en fuerza de la costumbre están rebajadas. Por tanto, escudriña de tal modo las obras divinas, que pienses siempre de ellas que son inmensas.

CAPITULO IX

Del mal: no es criatura de Dios.

50. El mal no ha sido creado, sino inventado por el diablo, y por esto el mal es nada, porque sin Dios nada ha sido hecho, y Dios no hizo el mal. No porque estuviera en algún lugar o tiempo el mal, por el que el diablo se hiciese malo, sino que siendo ángel bueno, por su culpa al ensoberbercerse hízose malo, y por esto rectamente se dice que él inventó el mal.

51. Consta que el mal no tiene naturaleza alguna, porque toda naturaleza es o inmutable, como es Dios, o mutable, como son las criaturas. Mas el mal por esto no es una naturaleza, porque añadiéndose a una naturaleza buena, la hace mal; y porque cuando se marcha, queda permanente la naturaleza, pero el mal que estaba presente en ella, en ninguna parte está. Y se conoce que el mal que daña a la naturaleza no es una naturaleza porque la daña y nada natural es dañino.

52. Cuando una naturaleza buena es dañada por causa de una voluntad mala, la misma mala voluntad es un testigo de la naturaleza buena, la cual en tanto testifica que ella es buena, en cuanto que Dios no permite quede impune por lo malo.

53. Piensan los herejes que el alma ha sido creada por Dios, los males por el diablo. De ahí que pongan dos naturalezas, una la buena; otra la mala. Pero el mal no es naturaleza, y aunque en verdad proceda del diablo, pero no es creado.

54. ¿Por cuál causa haya permitido Dios aparecer la condición del mal, sino para que por los males contrarios sobresaliesen el decoro de la naturaleza buena? Esta manera también se descubre empleada en el lenguaje. En griego esta figura se llama antitheton, y en latín, oposición o contraposición, y hermosea la locución cuando se profieren al canto los

contrarios de lo puesto. Así también el mal está mezclado en las cosas, para que el bien de la naturaleza resulte más excelente por comparación con el mal.

55. Dios hizo todas las cosas muy buenas. Luego nada es malo por naturaleza. Hasta las mismas cosas que parecen ser penales en las criaturas, como se usen bien, son buenas y provechosas; pero como se empleen mal, dañan. Luego de este modo hase de apreciar la criatura que nosotros tenemos como no buena: porque de suyo es muy buena por naturaleza.

56 Si raes las cejas de un hombre, poca cosa quitarás, pero todo el cuerpo, dejarás feo. Lo mismo sucede en la universalidad de la creación: si digeres que el último gusanillo es malo por naturaleza, infieres una injuria a toda la creación.

57. Por causa del pecado dicen males de las criaturas, como del fuego, porque quema; del hierro, porque mata; de las fieras, porque muerden. Por no considerar empero las ventajas, acusan en ellas lo que más bien deben imputarse a sí, por cuyo pecado todas estas cosas se han tornado nocivas, y que le estuvieron del todo sumisas antes del pecado. Por culpa nuestra, no por naturaleza suya, son malas para nosotros las que nos dañan. Pues buena es la luz, y perjudica a los ojos enfermos: y el mal está en los ojos, no en la luz. Y así las restantes.

59. Cuando el hombre es azotado con los agujijones de las criaturas y por las inclemencias de los elementos, esto es exigencia de la pena del pecado, para que el hombre, soberbio para con Dios, padeciese las contrariedades de las cosas que están por debajo de él. De ahí que en la Sabiduría V, 21, se leen en pro de Dios: *El universo peleará con El en contra de los insensatos*. Luego, por causa de los pecados se ha hecho esto, que las cosas naturalmente prósperas para el hombre se le hayan vuelto contrarias. Lo dice Salomón (Sap. XVI, 24): *La criatura... redobla los ardores para atormentar a los injustos, y los mitiga en beneficio de aquellos que en Ti confían*.

60. No estará sometida la carne al espíritu, los vicios a la razón, si el ánimo no está sumiso al Creador. Y entonces estarán rectamente sometidas a nosotros todas las cosas que están debajo de nosotros, cuando nosotros estemos sumisos a aquel que sometió a nosotros aquellas cosas. Porque aun las que parecen estar sujetas a quien no está sumiso a Dios, antes bien someten al que subyuga su voluntad al amor de las que estima que le están sujetas.

CAPITULO X

De los ángeles

61. Angel es nombre de oficio, no de naturaleza: porque por naturaleza es espíritu. Mas cuando de los cielos son enviados para anunciar a los hombres algún mensaje, del mismo anuncio, llámanse ángeles: por su naturaleza son espíritus, y llámanse ángeles cuando son enviados.

62. La naturaleza de los ángeles es mudable, porque tiene en sí la mutabilidad; aunque los vuelve incorruptos la caridad sempiterna. Afirmando que los ángeles son invariables por gracia, no por naturaleza; porque de haber sido inmutables por naturaleza el diablo, de cierto, no habría caído. Por tanto, a la mutabilidad de la naturaleza sufraga en ellos la contemplación del Creador, de la cual fue privado el ángel apóstata, cuando pretendió que su constancia no fuese debida a Dios, sino a sí propio.

63. Los ángeles fueron hechos antes que toda la creación, cuando se dijo: "Hágase luz". Porque de los mismos dice la Escritura (Eccli. XXIV, 14). "La sabiduría fue creada ante todas las cosas". Llámense luz al participar de la luz eterna, y sabiduría, al estar adheridos a la ingénita sabiduría. Y aunque por naturaleza son mudables, la contemplación divina no deja que sean mudados.

64. Los ángeles fueron creados antes que la creación de todo el mundo, y antes de la creación de los ángeles fue criado el diablo, como escrito está: El mismo es principio de los caminos de Dios. De donde por comparación con los ángeles fue llamado Arcángel. Porque fue creado antes, no con prelación de tiempo, sino con prelación de orden.

65. Entre los ángeles, el diablo tuvo primacía; de la que cayó por su audacia, de tal manera que no es librado sin reparación. La excelencia de esta primacía anunciaba el Profeta (Ezech. XXXI, 8), con estas palabras: *En el paraíso de Dios no hubo cedros más empinados que él; no igualaron los abetos a su copa... no hubo en el paraíso de Dios un árbol semejante a él, ni de tanta hermosura.*

66. Distante está la condición del ángel de la del hombre: porque el hombre fue creado a semejanza de Dios, mas el ángel caído fue llamado sello de la semejanza, testificándolo el Señor por Ezequiel, XXVIII, 12, 13; *Tú, sello de la imagen, lleno de sabiduría y colmado de hermosura, vivías en medio del paraíso de Dios.* Porque cuanto es más sutil su naturaleza, tanto más de lleno quedó impresa la imagen de la verdad divina.

67. Créese que el diablo cayó del cielo antes de que el hombre fuese creado. Porque tan pronto como fue hecho, estalló en soberbia y fue precipitado del cielo. Según testimonio de la verdad, fue mendaz desde el principio, y no perseveró en la verdad; porque al punto de estar hecho, cayó. Ciertamente que fue creado en la verdad, pero no perseveró, pronto cayó de la verdad.

68. Sólo por un acto de soberbia, al compararse con Dios por engreimiento, cayeron tanto el hombre, como el diablo: sólo que el hombre, convirtiéndose a penitencia, reconócese inferior a Dios; el diablo empero, no sólo no se contenta con igualarse a Dios, por lo cual fue derrotado, sino que además dice que es superior a Dios. Lo dice así el Apóstol (2 Tesal. II, 4), cuando habla del anticristo: *El cual se opondrá y se alzarán contra todo lo que se dice Dios, o se adora.*

69. El diablo ya no pedirá perdón, porque no se compunge para arrepentimiento; mas los miembros suyos lo piden con hipocresía, y sin embargo por la mala conciencia no merecen alcanzarlo.

70. Aprecia la miseria humana que Dios es más pronto provocado a otorgar el perdón, cuando se compadece del hombre enfermo, en razón de que éste arrastró de la parte inferior, es decir, de la carne en que el alma se encuentra encerrada, la debilidad de pecar.

71. Los ángeles apóstatas por esto no tienen perdón, porque cayeron sin el peso de la fragilidad de la carne para que pecaran; mas los hombres son recibidos al perdón después del pecado, porque arrastraron el peso de la enfermedad del lodo material, y por tanto dada la débil condición de la carne, para salvarse el hombre, queda patente la vuelta o conversión. Y así lo canta el Salmo: “Conoce El de qué estamos formados. Acuérdate, oh Señor, que somos tierra”. Y otra vez dice: “Acuérdate, Señor, cuán débil es mi ser”.

72. Después que los ángeles apóstatas cayeron, los restantes quedaron consolidados en la perseverancia de la eterna dicha. Por lo cual después de la creación del cielo se repite: Hágase el firmamento, y el firmamento llámase cielo. Es decir, para manifestar que después de la caída de los ángeles, los que permanecieron, merecieron la firmeza de la eterna perseverancia y dicha, que antes habían recibido menos.

De lo cual debe reconocerse que la malicia de los malos es de utilidad a los santos, porque donde los malos caen, los buenos adelantan.

73. El número de los ángeles buenos, que después de la caída de los ángeles malos quedó disminuído, será completado por el número de los hombres elegidos, número sólo de Dios conocido.

74. Entre los ángeles se dan diferencias de poderes, y en razón de la dignidad de grados tienen distribuidos los ministerios: unos tienen preferencias a otros, tanto por la alteza del poder, como por la ciencia de la virtud. Así es que unos obedecen a los preceptos de otros y cumplen los mandatos. Por esto al Profeta Zacarías un ángel envía a otro ángel y le manda todo cuanto debe anunciar.

75. Que son nueve las clases u órdenes de ángeles lo atestiguan las Sagradas Escrituras, es a saber: Angeles, Arcángeles, Tronos, Dominaciones, Virtudes, Principados, Potestades, Querubines y Serafines. También el Profeta Ezequiel XXVIII, 13, pone el número de estos órdenes bajo el símbolo de otros tantos nombres de piedra (preciosas) hablando de la primacía del ángel apóstata, dice: *En tus vestidos brillaban toda suerte de piedras preciosas: el sardio (rubí), el topacio, el jaspe (diamante), el crisólito, el ónique, el berilo, el zafiro, el carbunco, la esmeralda y el oro.* Número con que están designados los mismos órdenes de ángeles por las piedras que el ángel apóstata, antes de caer, tuvo sobrepuestas en la vestimenta de su adorno. Al contemplarse tal, como se vio más esclarecido que todos, al punto se hinchó y levantó su corazón con la soberbia.

76. Los ángeles siempre se gozan en Dios, no en sí mismos. Pero el diablo es malo por esto, porque buscó, no lo que toca a Dios, sino lo que a sí se refiere. Y no hay iniquidad mayor que el querer uno gloriarse, no en Dios, sino en sí mismo.

77. Los ángeles en el Verbo de Dios conocen todas las cosas antes que sean hechas en realidad: aun las que para los hombres todavía son futuras, los ángeles, revelándolas Dios, las conocen. Los ángeles prevaricadores, después de haber perdido la santidad, no por ello perdieron la vivacidad intelectual de la criatura angélica. Porque de tres maneras descuellan por la agudeza de la presciencia, a saber: por la sutileza natural, por la larga experiencia y por la revelación de las potestades superiores.

78. Cuantas veces Dios enojado con este mundo lo castiga con algún azote, para este ministerio son enviados vengadores de los ángeles apóstatas, los cuales no obstante se ven coartados por el poder de Dios para que no dañen cuanto quieran. Pero los ángeles buenos están destinados para el ministerio de salvar al hombre, para que administren los cuidados del mundo, y para que todo lo rijan por la ley de Dios. Lo atestigua el Apóstol (Haebr., 1, 14): *¿Por ventura no son todos ellos unos espíritus que hacen el oficio de servidores enviados para ejercer su ministerio en favor de aquellos que deben ser los herederos de la salud?*

79. Los ángeles, cuando se aparecen a los hombres, toman los cuerpos en que padecen, del aire superior y se revisten una figura sólida sacada del elemento celeste, por medio de la cual se ponen más de manifiesto a las miradas humanas.

80. Créese que cada una de las razas o gentes tiene ángeles tutelares, y se prueba por el testimonio de un ángel, que hablando a Daniel, dijo: *Yo he venido para anunciarte por causa de tus oraciones. Pero el príncipe del reino de los Persas se ha opuesto a mí.* Y después de otras cosas: *Nadie me ayuda en todas estas cosas si no es Miguel, que es vuestro príncipe.*

81. También se prueba que todos los hombres tienen ángeles, porque en el Evangelio habla el Señor diciendo: *os hago saber que sus ángeles en los cielos están siempre viendo la cara de mi Padre celestial.* De ahí también en los Hechos de los Apóstoles, cuando Pedro llamaba a la puerta, dentro dijeron los Apóstoles: No es Pedro, sino el ángel suyo es.

82. Si los ángeles miran y ven a Dios, ¿por qué dijo el Apóstol Pedro: “Y que los mismos ángeles desean contemplar? Además si no le miran ni le ven, ¿cómo es que, según la sentencia del Señor “sus ángeles en los cielos están siempre viendo la cara del Padre celestial? –Pues bien están ambas cosas. Porque en verdad creemos que los ángeles, no sólo ven a Dios, sino que también desean contemplarle; y lo poseen, y se apresuran a poseerlo; le aman y se esfuerzan en amarlo. Porque si de tal modo desean ver, que no gocen del efecto del deseo, tal deseo contiene una necesidad; necesidad que es pena: mas toda pena está lejos de los ángeles bienaventurados, porque jamás la pena y la dicha coinciden simultáneamente. Por otra parte, si decimos que ellos están saciados con la visión de Dios, la saciedad suele engendrar hastío; y sabemos que la visión de Dios, que ellos desean, no puede hastiarlos. Pues, ¿para qué es esto, si no es para que, por modo admirable, creamos ambos extremos, es decir, que desean y que están saciados? Pero desean sin padecer y están saciados sin hastiarse. Pues para que en el deseo no haya necesidad, los que desean están saciados, y también para que la saciedad no sea fastidio, saciados desean. Luego los ángeles ven la cara del Padre hasta saciarse, pero como tal saciedad desconoce el hastío, los ángeles desean mirarle siempre más así.

83. En todas las Santas Escrituras está puesto Angel por Dios; no el Padre, no el Espíritu Santo, sino que sólo se sobreentiende el Hijo por motivo de la Encarnación.

84. Antes de la venida del Señor en la Encarnación hubo discordia entre los ángeles y los hombres. Mas al venir Cristo puso paz entre sí, tanto en los ángeles como en los hombres. Porque en habiendo el nacido, cantaron los ángeles: *Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*. Así pues por la Encarnación de Cristo no sólo quedó el hombre reconciliado con Dios, sino que también fue establecida la paz entre los hombres y los ángeles.

Que antes de la venida de Cristo hubo discordia de los hombres y de los ángeles se conoce sobre todo porque en el Antiguo Testamento los ángeles saludados por los hombres despreciaban tales saludos; mas en el Nuevo Testamento, habiéndolo hecho Juan, no tan sólo respetuosamente no lo acepta el ángel, sino que a su vez lo estorba.

85. Por causa de esto en el Antiguo Testamento el hombre es menospreciado y no es correspondido con saludo por el ángel. Mas cuando Dios se hizo hombre, éste es respetuosamente saludado por el ángel. Porque en el Nuevo Testamento leemos, ya que el ángel Gabriel saludó a María, ya que a Juan que saludaba a un ángel, éste le dijo: “Guárdate de hacerlo, que yo soy consiervo tuyo y de tus hermanos”. Conócese pues que mediante la Encarnación del Señor fueron hechas las paces entre los hombres y los ángeles.

CAPITULO XI

Del hombre

86. Debajo del cielo todas las cosas fueron hechas por causa del hombre, y el hombre por sí mismo, y de ahí que todas están relacionadas con la semejanza de él por metáfora. Es manifiesto que todas las cosas naturales sonle comunes con todas las que le componen, y que en el hombre están contenidas todas y que en él hay lo natural de todas las cosas.

87. En el universo el hombre es una gran parte: en tanto grado es más excelente que las restantes, en cuanto más se avecina a la imagen de Dios. Cuánto aventaje el hombre a las demás criaturas en dignidad de virtud, se colige de la reverencia misma del acto creador, ya que para todas las obras dijo Dios: Háganse, y fueron hechas. Mas para crear al hombre quiso hacerlo con una como deliberación del consejo eterno, diciendo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”.

88. Pues como fuimos creados buenos en lo natural, de alguna manera por causa de la culpa nos hemos vuelto malos contra naturaleza.

89. Dios así como previó que el hombre pecaría, así también previó de qué modo repararía mediante la gracia a aquel que por su albedrío tuvo poder de perderse.

90. En principio Adán y Eva fueron creados a la vez, pero individualmente, la mujer después fue formada de la costilla del varón. Por tanto ambos fueron creados a la par, con orden de razón, y no a la par, con orden de tiempo.

91. El varón fue hecho a imagen de Dios; la mujer fue formada a semejanza del varón: por lo cual en ley natural le está sometida.

92. Asimismo el hombre fue hecho para sí, la mujer fue creada para ayuda del varón.

93. Por causa del pecado el hombre entonces fue entregado al diablo cuando oyó: eres tierra y acabarás en tierra. Porque entonces se dijo al diablo: comerás tierra. Por lo cual dice el Profeta: “para la serpiente, su pan es el polvo”. Porque la serpiente es el diablo; el polvo, los impíos, que son el manjar del diablo.

94. Porque con la mala voluntad caemos en los profundos, con razón para obrar bien (subimos) nos levantamos con trabajo. Esto no sucedería así, si el deleite no hubiera persuadido al crimen a los primeros hombres, a quienes era bastante tan sólo querer para vivir bien; y al punto y sin dificultad la acción hubiera obedecido.

95. Que en el ánimo del hombre haya división y lucha es en pena del pecado. Desde el primer hombre se ha propagado a todos sus hijos; para que quien no quiso estar sometido a Dios que mandaba, fuese a sí mismo rebelde y contrario. Por esto no podrá estar subyugado a sí, como antes no estuviere subyugado a Dios. Así servirá de mala gana el que no quiso buenamente servir a Dios de grado.

96. ¡Cómo hase derramado variamente, por diversas cosas el género humano, desde que se sustrajo de la única estable y siempre permanente solidez de la divinidad! Porque mientras que apetece alguna cosa, como que allí fija ya el descanso del alma. Mas cuando no le satisface, muda la intención, pasa a otras y otras, y cuando por diversas acciones ha buscado, y no ha hallado descanso, vive miserable en dolor y variedad y se encuentra vacío de descanso. Por más que esta mutabilidad (versatilidad) no es congénita con el hombre, sino que por la primera prevaricación se le añadió; pero no obstante ya se ha convertido en connatural, porque originariamente desde el primero se ha transmitido a todos los hombres, igual que la muerte.

CAPITULO XII

Del alma y sus potencias.

97. El alma es vida del cuerpo; la vida del alma Dios. Y como el cuerpo sin alma está muerto, así el alma sin Dios está muerta.

98. El alma del hombre no es el hombre: mas el cuerpo, hecho de limo (homo ex humo), etimológicamente el hombre es sólo esto. Mas habitando el alma en el cuerpo, por la misma participación de la carne, recibió el nombre de homo, hombre. El Apóstol llama hombre, no a la carne, sino al ánima interior, que fue creada a imagen de Dios. Luego malamente creen algunos que el alma del hombre es corpórea; cuando por esto fue hecha a imagen de Dios, para que, pues no podía ser inmutable como Dios, al menos fue incorpórea como Dios.

99. Como los ángeles, así también las almas; porque tienen principio, pero no término o fin. Porque en las cosas hay unas que son temporales; otras perpetuas; otras empero eternas. Son temporales las que tienen nacimiento y muerte (principio y término); perpetuas las que tienen comienzo, no término; eternas las que no tienen comienzo ni término.

100. Consta que el alma no es una partícula de la divina sustancia o naturaleza, y que no existe antes de que sea unida al cuerpo, sino parece que entonces es creada cuando es formado el cuerpo al que es unida. Algunas sentencias de Filósofos dicen que el alma existe antes que nazca el cuerpo. Que esto sea verdad no hay indicios que lo prueban. Porque si hemos existido antes ni nosotros lo sabemos, ni tenemos hombre alguno que lo afirme. Por tanto no hay que preguntar lo que de preguntarlo resulta ser ridículo, digno de burla.

101. Los gentiles y los herejes empeñanse en disputar del alma; mas ¿cómo pueden de algún modo sentir rectamente alguna cosa del alma los que desconocen al Hacedor, a cuya imagen fue hecha? Y por eso dijeron muchos errores.

102. El alma muda de sentimientos, no con el lugar, sino con el tiempo. El cuerpo, en cambio, es mudable tanto por el lugar como por el tiempo, porque envejece con el tiempo y cambia de lugar. Lo que significa para el cuerpo el cambio de lugar, eso es para el alma la movilidad de sus pensamientos. Más entonces se apoderó del alma la inconstancia de los malos sentimientos, cuando el primer hombre, renunciando a la contemplación de lo eterno, no quiso depender de Aquel

de quien se había apartado sin razón, y, perdida su constancia, por justo castigo, sucumbió fascinado por el diverso encanto de los seres.

103. El alma de su natural posee un grande esplendor, pero se oscurece por la unión de la carne en la que está aprisionada; porque por parte de la carne se muda a la flaqueza de pecar. Salomón (Sap. IX, 15) es quien lo enseña: *El cuerpo corruptible apesga el alma, y este vaso de barro deprime la mente, ocupada en muchas cosas.*

CAPITULO XIII

De los sentidos corporales.

104. Ni por la fuerza, ni por los sentidos corporales, sino por la razón del alma aventajamos a los restantes seres.

105. Para usar las cosas corporales es suficiente el sentido corporal, pero no lo es para alcanzar los espirituales. Mas los hombres halagados por el uso de los seres corpóreos piensan que no hay nada más que lo que se obtiene por los sentidos del cuerpo. Los sentidos corporales como se aventajan entre sí por la diversidad de sus lugares, así también se aventajan por el poder de sentir. Porque así com el olfato es más noble que el gusto, tanto por el sitio que ocupa, como por la mayor extensión del sentir; otro tanto sucede con el oído respecto al olfato, porque oímos más de lejos que no se huele; otro tanto con los ojos y el oído, porque vemos más lejos que oímos. Mas el ánimo se sobrepone a todos estos sentidos, no sólo por el lugar, sino por la eficacia. Puesto en el alcázar de la cabeza, lo que ellos corporalmente no alcanzan, éste intelectualmente lo contempla. Más todavía: el sentido de la vista aventaja a los restantes sentidos por cuanto los objetos de los otros sentidos los aplicamos a la vista, como cuando decimos: mira cómo suena, mira cómo sabe, etc.

106. Como el ojo ve las otras cosas, pero a sí no se ve, así también el ánimo: porque ve los orígenes de las cosas, las especies y las magnitudes; pero con respecto a si está tocado de una ignorancia de su realidad tan grande, que nada contempla más incierto en todas las cosas.

107. ¡Oh hombre, que admiras la altura de los astros y la profundidad del mar!, entra y admira, si puedes, el abismo de tu ánimo. Pensando muchas cosas con independencia de sentidos corporales y de imágenes vivas, las miramos tan sólo con el ánimo, y las retenemos en la memoria

donde la mente se las fija. Y así también entendemos muchas cosas sensibles que no podemos expresar con palabras.

108. Los infantes, aunque son inofensivos de obra, no lo son de pensamiento; mas el movimiento que llevan en la mente todavía no pueden ponerlo por obra; por tanto en ellos la edad, no el ánimo es imbele. Porque la debilidad del cuerpo aun no les obedece al mandato de la voluntad; y no pueden por tanto dañar de hecho como están impulsados con el pensamiento.

109. De la causa ha tomado el nombre: *cogitatio*, cogitación. Cuando se hace fuerza el ánimo para que recuerde lo que se encomendó a la memoria se dice *cogitatio*, que reflexiona. La memoria es el tesoro de todas las cosas, ella es el custodio de lo encontrado, ella de lo pensado, mas en limpio disputar algo de ella es cosa difícil, porque es grande la perplejidad sobre ella, y ella es el ánimo.

110. La imagen alejada de los sentidos corporales deja en la memoria una semejanza de su figura, aunque la dicha la recordamos no por medio de imágenes, como lo demás, sino como el gozo, sin imagen. Cuando recordamos el olvido, no está presente por sí mismo; porque de estar por sí mismo presente, cierto que no olvidaríamos.

111. Los hombres y los animales tienen memoria igualmente, mas en los animales irracionales no se da entendimiento alguno, que es exclusivo del hombre dotado de razón. Porque en los demás hay en la misma cualidad de sus conocimientos, sentido corporal, no inteligencia de la mente.

CAPITULO XIV

Del Cristo: Dios-Hombre.

112. El perfeccionamiento del Hijo de Dios ni empezó a ser, ni terminó, a fin de que no haya pasado, si terminó, y de que no esté perfecto, si dura aún; sino que es eterno y por tanto perfecto, en cuanto en él se tiene eternidad y perfección.

113. Cristo desde el seno virginal se dice menor que el Padre, es a saber, en cuanto a lo humano asumido, no en cuanto a la divinidad.

114. Cristo bajo la forma de siervo es siervo y no siervo al mismo tiempo. Pues que en la forma de siervo, es siervo del Señor, y en forma de siervo, Señor de todo. Cristo en la forma de siervo, por motivo de la

excelencia de la concepción, es Señor de todos; porque si bien tomó carne, pero no por contagio libidinoso de carne.

115. *El mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre* (1 Tim. 11, 5) en manera alguna es uno (una persona) en la humanidad y otro (otra persona) en la divinidad; sino que en las dos naturalezas es uno y el mismo (única y la misma persona). Y no fue concebido puro hombre, ni nació puro hombre, ni posteriormente mereció que recibiese el ser Dios; sino que el Dios-Verbo, permaneciendo inmutable la esencia, que le es común con el Padre y el Espíritu Santo y coeterna, tomó carne para la salvación humana, en la cual carne se pudiera manifestar el que es impasible en condición de padecer, el inmortal en la de morir, y el eterno antes de los siglos como temporal.

116. *El mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre*, aunque una cosa sea por parte del Padre y otra por parte de la Virgen, no obstante no es uno (una persona) de parte del Padre y otro (otra persona) de parte de la Virgen, sino el mismo eterno del Padre, el mismo temporal de la Madre; el mismo que hizo, el mismo quien fue hecho; el mismo del Padre sin madre, el mismo de madre sin padre; el mismo templo del Creador, el mismo Creador del templo; el mismo autor de la obra, el mismo obra del autor, permaneciendo único en ambas cosas y en ambas naturalezas, sin confundirse por la unión de las naturalezas, ni duplicarse por la distinción de las naturalezas.

117. Por esto Dios vino hombre, porque por sí mismo no pudo ser conocido por los hombres. Pero en lo mismo que a nosotros favoreció, así por ello se acarreó desprecio, porque la flaqueza que por causa de nosotros tomó, el hombre soberbio la despreció. Por este motivo (1 Cor. 1, 27): *Dios ha escogido a los necios, según el mundo, para confundir a los sabios y Dios ha escogido a los flacos del mundo, para confundir a los fuertes que no le conocían.*

118. Así como el infante inválido no puede tomar alimento sólido, si antes no es digerido por la madre para que se convierta en el jugo de la leche, a fin de que lo que no pudo comer, lo beba chupando leche del pecho; así también nosotros, como estábamos enfermos para mirar la eternidad del Verbo, el mismo Verbo hízose carne, para que nutridos por medio de la carne, y hechos más fuertes, quedemos saciados, como los ángeles, contemplando el manjar sólido, es decir, el Verbo de Dios sempiterno con el Padre.

119. Son dones primeros de Dios aquellos por los que nos manifiesta que somos reos. Nosotros, que mientras que estamos bajo reato de

culpa, nos creíamos ser justos. Vino el médico, descubrió la llaga, compúsose a sí mismo en medicina, y de su muerte nos la propinó, para no ser tan sólo descubridor de la herida, sino también el que la cura.

120. Cristo vino en primer término a Israel, y así dice (Math. XV, 24): “Yo no soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel”; pero no calló el Profeta que no le creerían y dice: El primero dirá a Sión: Presente. Y a Jerusalén daré un Evangelista; y vi, y no había ni hubo quien tomase el consejo, e interrogado respondiese palabra. Mas como pasó a los gentiles, prosigue: *He aquí mi siervo, yo estaré con él; mi escogido, en quien se complace el alma mía; sobre él he derramado mi espíritu; él mostrará mi justicia a las naciones* (Isaías, XLII, 1.)

121. Aunque el diablo no supiera el orden de nuestra liberación, supo no obstante que Cristo vino por causa de la salvación de los hombres, pero que el mismo Cristo nos redimiría con su muerte, lo ignoró: por esto lo mató. Porque si hubiera sabido él que Cristo redimiría con su muerte al género humano, de seguro no le habría matado. Que el diablo conoció que Cristo había venido por la salvación del género humano lo enseña el testimonio del Evangelio. Tan pronto como le vio, al conocerle, temió y dijo (Marc. 1, 24): “¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, oh Hijo de Dios? *Has venido a perdernos antes de tiempo*”.

122. Cristo, así como no admitió pecado merecedor de pena, así tomó la pena de nuestro pecado, para absolver, mediante la pena suya indebida, la culpa por nosotros contraída; a trueque de que el diablo, mediante esto, perdiese los reos que detentaba, ya que mató al único que no había admitido pecado alguno. Y por tanto perdió los que casi en justicia retuvo, porque injustamente mató a nuestro Redentor.

123. Con la muerte del Señor el diablo fue engañado como un pájaro. Porque Cristo, habiendo dejado al descubierto la mortalidad de su carne, que aquel apetecía destruir, escondió la divinidad, como un lazo con el cual enredóle como a incauta avecilla, con sabia trampa. Porque si Cristo inocente no fuera muerto, el hombre adjudicado al diablo por la prevaricación no fuera absuelto.

124. El diablo, mientras que en Cristo arremete contra la carne de la humanidad, que estaba patente, es cogido como con anzuelo por la divinidad, que estaba latente. Porque hay en Cristo como anzuelo, la divinidad: mas el cebo es la carne, según la línea genealógica contada por el Evangelio. Es Dios Padre quien tiene esta línea. El Apóstol (1 Cor. XI, 3), dice: *Cabeza de Cristo lo es Dios*. Y Lucas, III, 23, 38, que teje la genealogía de Cristo desde lo que es bajo hasta lo sumo, empieza por José

y la completa en Dios, diciendo: *El cual fue hijo de Helí*, y para terminar la línea del linaje, dice: *Que lo fue de Dios*.

125. Para esto bajó el Señor a los infiernos, para dejar expedito el camino de volver a los cielos a los que estaban detenidos en el limbo no en pena, conforme a un testimonio de Isaías (LI, 10), que dice: “Abriste camino en el profundo del mar, para que pasaran los que habías libertado”. Porque Cristo abrió camino en el fondo del mar, cuando al bajar a los infiernos, enseñó a los santos el camino para dirigirse a los cielos.

126. Desde el tiempo de la Resurrección de Cristo, los santos, al punto que salen del cuerpo, luego suben a la morada celestial, lo que no se concedía a los antiguos Padres. Porque antes de la venida del Salvador, aunque sin pena aflictiva, sin embargo no en el cielo, sino en el Limbo estaban detenidas las almas de los santos. Para libertarlos bajó el Señor a los infiernos.

127. Cristo al subir a los cielos alejóse verdaderamente en carne, mas está presente por su majestad, conforme a lo que dijo (Math. XXVIII, 20): *Yo estoy siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos*.

128. Está Cristo sentado a la diestra del Padre, no porque el Padre tenga diestra corporal, sino que la diestra del Padre es la bienaventuranza, como la siniestra es la miseria o desdicha.

CAPITULO XV

Del Espíritu Santo.

129. El Espíritu Santo es Creador como el Padre y el Verbo. El Profeta lo atestigua (Job, XXXIII, 4): *El espíritu de Dios me crió, y el soplo del Omnipotente me dio la vida*.

130. El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, y de ahí que son uno el Padre y el Hijo; porque nada tiene el Padre que no tiene el Hijo. Porque no podrá proceder de ambos y a la vez estar en ellos una cosa única y consubstancial de ambos, de no ser una misma aquellos de quien procede.

131. La Iglesia recibió en prenda el Espíritu Santo, para que mediante El los creyentes fuesen hechos un cuerpo (místico) por aquel por quien el Padre y el Hijo son una misma naturaleza, como lo atestigua el mismo

Salvador dirigiéndose al Padre (Joan, XVII, 22): *Para que sean una cosa como también somos uno nosotros.*

132. Cristo testificó que no sólo del Padre fue enviado, sino también del Espíritu Santo, por el Profeta, que dice: “Acercaos a mí y escuchad esto: No desde un principio habité en lo oculto, antes que fuese hecho el tiempo, allí estaba. Y ahora el Señor me ha enviado y su Espíritu”.

133. Al Espíritu Santo, en cuanto es consolador, se le llama Paráclito. Porque *paraclesis* se traduce en latín *consolatio* y en castellano *consolación*. Y en verdad, cuando distribuye los dones de las cosas sagradas, da consolación al ánima. Ciertamente creo que siente grande alegría quien aprende alguna cosa por revelárselo el Espíritu de Dios.

134. El don del Espíritu Santo se divide singularmente en los miembros de la Iglesia, y en cada uno se distribuyen sendos dones. Mas Cristo poseyó la total plenitud de las gracias. De El se lee así (Joan, I, 14): *Lleno de gracia y de verdad*. Por lo tanto en Cristo se da la plenitud de las gracias, mientras que a cada uno de los elegidos se atribuyen sendos dones.

135. Del Espíritu Santo depende toda la gracia de los dones. Porque El reparte como quiere la gracia de los dones dando a unos palabras de sabiduría; a otros de ciencia; a otros la fe, y así en virtud del Espíritu Santo a cada uno se distribuye una suerte de gracias; y en todas ellas actúa uno mismo. Porque también El mismo enseña cosas inefables imposibles de ser proferidas en lenguaje humano.

136. Antes de la venida de Cristo solamente los Profetas y algunos justos entre todo el pueblo merecían el don del Espíritu Santo; mas luego de la venida del Señor, el Espíritu Santo se ha distribuido a todos los creyentes, como lo dice el Señor hablando por el Profeta (Joel, 11, 28): *Después de esto sucederá que derramaré yo mi Espíritu sobre toda clase de hombres, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas*. Porque ahora se ha dado a todas las naciones la gracia del Espíritu Santo, y no a unos pocos, como en el pueblo israelítico, sino que permanente está la gracia del Espíritu Santo en toda la multitud de los creyentes.

137. Alguna vez los dones del Espíritu Santo se confieren a indignos y réprobos: así fue comunicado el don de profecía a Saúl y a Balaán. Por esto al fin dirán muchos (Math. VII, 22, 23): “Señor, hicimos prodigios en tu nombre”. A los tales responderá el Señor: “Desconozco de qué espíritu sois.”

138. No solo los santos Profetas del pueblo judío esperaron la venida de Cristo, porque hubo también entre las naciones muchos santos

varones que poseyeron el don de profecía, a quienes era Cristo revelado por el Espíritu Santo, y por quienes era esperada su venida, como Job, como Balánan. Los cuales ciertamente predicaron la venida (de Cristo).

139. La conversión de los gentiles estaba oculta al pueblo antiguo, mas era consejo de Dios que se hiciese, y entonces la venida de Cristo era anunciada por los santos Profetas embozadamente por medio del Espíritu Santo, como dice un Profeta: “Cuando hayan llegado los tiempos, serás conocido, cuando haya llegado el día, serás manifestado”. Ahora empero está manifiesto lo que entonces estaba oculto a los carnales, aunque para los espirituales era conocido; mas no se declaraba abiertamente, porque el tiempo no era llegado.

CAPITULO XVI

La Iglesia y las herejías.

140. Doble es la hermosura de la Iglesia: una la que consigue aquí viviendo bien, otra por la cual es glorificada en recompensa.

141. Dobles tribulaciones sufre la Iglesia por Cristo, es a saber: las que sufrió de los paganos en los mártires, y las que sufre de lo herejes en las diversas contiendas; mas ambas por la gracia de Dios las supera, en parte sufriendo; en parte resistiendo.

142. La Santa Iglesia Católica así como paciente tolera a los que viven mal, así aparta rechazando de sí a los que creen malamente.

143. La Santa Iglesia contra la protervia de los gentiles y herejes cuida con esmero de oponer sabiduría y paciencia; la sabiduría vese ejercitada cuando es combatida con palabras, la paciencia cuando es atacada con la prueba de la espada (o autoridad perseguidora); porque unas veces es combatida con persecuciones, otras es atacada con falsos asertos.

144. Con ocasión de la malicia herética se ha propagado la Iglesia doctrinalmente, puesto que anteriormente tenía vigor sólo por la fe sencilla. Ahora bien, con ocasión de los herejes se propagaron los doctores de la fe, y por las agudezas de las herejías crecieron los maestros de la Iglesia. Porque siempre se exponen con más claridad los dogmas de la verdad, cuando se presenta cualquier disentimiento.

145. La Santa Iglesia dicese Católica por cuanto que está difundida universalmente por todo el mundo. Porque las iglesias de los herejes están coartadas en algunas partes del mundo; ésta (la Iglesia Católica) por

el contrario se expande difundida en todo el orbe. Pablo Apóstol (Rom. 1, 8), es testigo que dice: *Yo doy gracias a mi Dios... acerca de todos vosotros, de que vuestra fe es celebrada por todo el mundo* Mas las herejías están viviendo en algún ángulo del mundo, o en alguna nación; en tanto que la Iglesia Católica, así como está extendida por todo el mundo, así también se compone de la sociedad de todas las naciones y gentes.

146. ¿Quiénes son los herejes, sino los que habiendo dejado la Iglesia de Dios eligieron sociedades privadas? De los cuales dice el Señor (Jer., 11, 13): *Dos maldades ha cometido mi pueblo: me han abandonado a mí, que soy fuente de agua viva, y han ido a fabricarse aljibes, aljibes rotos, que no pueden retener las aguas.*

147. ¿Por qué fin se hace la causa de la herejía? Para ejercitar la fe. Pero el sendero por el que se hace es la oscuridad de las divinas Escrituras, en la cual los herejes, que van a tientas, entienden otra cosa de lo que hay realmente, y no pueden existir, porque por lo mismo que nacen las herejías, ya no viven. Porque al entender mal no adquieren la ciencia, sino que caminan a la nada.

148. Los herejes aprenden sus mentiras con mucho estudio y con vehemente trabajo, luchan para no venir a la unidad de la Iglesia. De ellos se dice congruentemente por el Profeta (Jer., IX, 5): *Tienen avezada su lengua a la mentira, se afanaron en hacer mal.*

149. Mientras que a las veces se muerden mutuamente los herejes, cuando persuaden a uno que otro para que acepte las sectas propias; únense mutuamente sin embargo para luchar contra la Iglesia en paridad de espíritu de error. Y los que están divididos entre sí, andan unos y juntos para oponerse a la Iglesia. Y a quienes parezca que las herejías, pues tanto prevalecen, tienen la verdad, ha de responderseles: No se deben anteponer a la salud las enfermedades, aunque muchas veces ocupan el mundo universalmente, de modo que dejan poco lugar a la salud". consta que los herejes no pueden obtener perdón si no es por medio de la Iglesia Católica. Lo mismo que los amigos de Job no pudieron por sí hacerse a Dios propicio hasta que Job hubo ofrecido por ellos un sacrificio.

150. Las obras buenas que hacen los herejes y la justicia suya de nada les aprovecha, atestiguando Dios por Isaías (LVII, 11, 12): *Tú no hiciste caso de mí, mas yo haré conocer cuál es tu justicia, y de nada te aprovecharán tus obras.*

151. Por más que los herejes cumplan la Ley y los Profetas, por lo mismo que no son católicos, no está Dios en las reuniones de ellos. Lo

testifica Dios (Jer., XV, 1): *Aun cuando Moisés y Samuel se me pusiesen delante, no se doblaría mi alma a favor de este pueblo; arrójalos de mi presencia, y vayan fuera.* Por Moisés y Samuel entiéndase la Ley y los Profetas, y aunque los herejes se apliquen a ponerlos en práctica, sin embargo por razón de la impiedad del error son arrojados de la casa de Dios y están separados de las reuniones de los fieles justos.

152. Hay paganos y hay herejes: aquel es el que nunca ha estado con el pueblo de Dios; éste es el que se apartó del pueblo de Dios: ambos, que se apartan de Cristo, pertenecen al cuerpo (místico) del diablo.

153. Los que de la idolatría pasan al judaísmo o a la herejía, según el Profeta, han salido de un mal para otro, y no conocieron al Señor, porque del error de la infidelidad pasaron al otro error.

154. De aquel cuya doctrina se sigue, del mismo se llama también hijo. Y como dice el Profeta: “Dice el Señor que Amorreo es padre de Israel, y Getea la madre”, de cierto no por nacimiento, sino por imitación. Así también en mejor sentido son llamados hijos de Dios quienes guardan los mandamientos. De donde nosotros, no por naturaleza, sino por adopción, llamamos Padre a Dios diciendo: “Padre nuestro que estás en los cielos”

155. Consta pues que no sólo por nacimiento, sino también por imitación pueden llamarse hijos de algún otro. Porque los judíos según la carne son hijos de Abraham, pero según la vida son llamados hijos del diablo. Y contrariamente aquellos son semilla (hijos) de Abraham que imitan su fe, no aquellos que son engendrados de su carne.

156. Algunos derivan del autor tanto el nombre del error como la culpa, para que por el vocablo mismo se opine cuyo es el error que se sigue; como se dijo en el Apocalipsis (11, 14) a la Iglesia de Pérgamo: *Tienes ahí secuaces de la doctrina de Balaán y de Jezabel.* Se dice que en Tiatira se tenía la doctrina de Balaán por imitación, no por presencia corporal.

CAPITULO XVII

De los gentiles.

157. Los filósofos de los gentiles, que no buscaban a Dios como es debido, cayeron en manos de los ángeles prevaricadores, y para ellos el diablo quedó hecho su mediador para muerte, así como para nosotros Cristo lo es para vida.

158. Mucho son alabados los filósofos mundanos por la medida de los tiempos, por el conocimiento de los astros y por las discutibles enseñanzas de los elementos; y con todo tuvieron esto de Dios. Porque remontando el vuelo majestuosamente por los aires, como águilas, y sumergiéndose como peces en los abismos del mar, y recorriendo paso a paso la tierra como pécoras, la describieron; mas sin embargo no quisieron de todo corazón conocer al Hacedor de todas las cosas.

159. ¿Por qué los animales brutos no pueden cuestionar preguntando? –Porque no saben razones. Hombres gentiles hubo parecidos por esto a animales, y son los que, no considerando tales cosas y amándolas más y más, perdieron el sentido hasta llegar a darles culto.

160. Cristo es el camino: quien por El no camina no le queda como pueda ir a Dios. Mas los filósofos del mundo sí conocieron a Dios; pero como les desagradaba la humildad de Cristo, caminaron extraviados y no por el camino. Y por esta razón, desvaneciéndose mudaron en mentira la gloria de Dios, y dejando la derechura del camino, dieron en los precipicios de los errores.

161. Para cada uno lo primero es saber lo que apetezca, y lo segundo cómo alcanzar aquello que apetece. Porque imperfecta ciencia es saber a donde te dirijas y no saber el camino por el cual conviene ir. ¿Pues qué aprovecha en tiempo de hambre estar viendo el país de la abundancia, si se desconoce el camino por donde se va a él? De seguro que cualquiera busca la patria, mas el que perdió el camino, errando anda, mas no aprovecha; y cuando más anda, tanto más se aleja de lo que busca.

162. Quien deja el camino real, que es Cristo, aunque vea la verdad, de lejos la ve; porque si no es por el camino no hay modo de acercarse a ella. Y si caminando por el desierto tropieza con un león, cúlpese a sí mismo, cuando se encuentre metido en las fauces del diablo.

CAPITULO XVIII

De la Ley o Sagrada Escritura

163. El camino por el que se va a Cristo es la Ley, por la cual pasan a Dios los que la entienden como es.

164. La alteza de las Santas Escrituras es como los montes de pastar, a los que subiendo cualquiera de los justos se alegra de haber encontrado la refección de pasto indeficiente.

165. En las Santas Escrituras, montes excelsos, así como los varones perfectos hallan sublimes pensamientos, por los cuales como ciervos suben; así los sencillos, al modo de animales pequeños, encuentran módicos pensamientos, en los que ellos, los humildes, se refugian.

166. La Sagrada Escritura a los enfermos y párvulos de sentido aparéceles humilde en las palabras según la historia; con los más excelentes varones camina más alto, cuando les descubre sus misterios. Así es que para ambas clases, para los párvulos y para los perfectos es de provecho.

167. La Sagrada Escritura se acomoda variamente según la inteligencia de cada lector, como el maná, que en el pueblo antiguo proporcionaba sabor variado según el gusto de cada uno. Las palabras del Señor a cada uno convienen según la capacidad de sentimientos; de manera que mientras se hacen diversas en relación con la inteligencia de cada cual, en sí permanecen unas.

168. Por lo mismo en los libros santos se refieren ciertas cosas oscuras y ciertas otras cosas claras, para que se aguce el ingenio del lector y aumente el estudio. Porque si todo estuviera manifiesto, entendido al momento perdería mérito, y al contrario, si todo estuviera oscuro, luego engendraría desaliento. Por tanto para que los puntos oscuros no causen desesperanzas, los que están claros satisfacen; y para que no haya hastío por entenderlos, están los oscuros despertando los deseos. Porque son muchas las cosas que cuanto están más escondidas, tanto mayor ejercicio proporcionan.

169. En las Santas Escrituras muchas veces se cuentan como sucedidas cosas que serán después, como es aquellos (Ps. LXVIII, 22): *Presentáronme hiel para alimento mío y en medio de mi sed me dieron a beber vinagre*. Pero ¿por qué los futuros se escriben como pasados, sino porque las cosas que han de ser hechas realmente, están ya hechas en la presciencia divina? Por tanto para nosotros acontecen en el tiempo las cosas previstas sin tiempo por el Creador de todas.

170. La profecía mezcla los hechos de cosas futuras con las cosas presentes, para que así como éstas se miran realizadas, del mismo modo se crean las futuras anunciadas. Porque según su estilo habla de lo futuro por medio de presente: como en figura de la Iglesia, de Jerusalén, y en figura de los herejes, de Efraim.

171. Muchas veces se ponen los dichos en lugar de los hechos divinos, porque Dios hace las cosas, no con trabajo de manos, sino que las produce con la potestad de mandar, como está escrito (Ps., XXXII, 9): *El habló y todo quedó hecho; mandólo y todo fue criado*.

172. Repetirse dos veces una sentencia en las Sagradas Escrituras es o por motivo de confirmarla, o por razón mística, como por ejemplo: ley y gracia, comienzo y acabamiento, bueno y mejor.

173. Tres partes se distinguen en la Ley divina: historia, preceptos y profecía. La historia cuenta lo que se hizo; los preceptos, lo que está mandado; la profecía, las cosas futuras que fueron anunciadas anticipadamente.

174. De tres modelos debe conocerse la Ley divina; primero, históricamente; segundo, tropológicamente; tercero, místicamente. Es decir: el sentido histórico conforme al literal; el tropológico según la ciencia moral; el místico según la inteligencia espiritual. Por lo tanto es necesario tener la fe de modo que hemos de interpretarla moralmente y entenderla espiritualmente.

175. Diez son los mandamientos, tres más siete: pero los tres pertenecen al amor de Dios, y los siete al de los hombres. Aquellos tres que pertenecen a Dios, fueron escritos en la primera tabla; los siete restantes en la segunda. En la primera tabla, la de los tres mandamientos, el primero es: *Amarás al Señor Dios tuyo*. En la segunda: *Honra a tu padre y a la madre*. Por esto al escriba que preguntaba al Salvador cuál era la precepto primero en la Ley, le dijo: *Escucha, Israel; el Señor Dios tuyo es el solo Dios. Este es el primer mandamiento. El segundo empero es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo*. Y así alegó uno de la tabla primera pertinente al amor de Dios; mas otro de la segunda, que corresponde al amor del hombre. (Math., XXII, 37, 38)

CAPITULO XIX

De las siete Reglas para entender la Ley.

176. Algunos sabios establecieron que entre otras hay siete Reglas para entender el lenguaje de las Santas Escrituras.

177. La primera regla es en relación con el Señor y con su cuerpo, y habla de uno o respecto de uno; así es como en una persona unas veces representa la cabeza, otras el cuerpo figuradamente. Como cuando dice (Isaías LXI, 10): *El me ha revestido del ropaje de la salud, y me ha cubierto con el manto de la justicia, como a esposa adornado con guirnalda, como a esposa ataviada con sus joyas*. En una persona

nombrada con dos vocablos manifestó la cabeza, o sea el esposo, y la Iglesia, es decir, la esposa. Además hase de notar en las Escrituras cuándo se describe especialmente la cabeza; o cuándo no sólo la cabeza sino también el cuerpo; o cuándo de los dos pasa a los dos, o del uno al otro, para que el prudente lector conozca que es lo que a la cabeza, que lo que al cuerpo convenga.

178. La segunda regla se refiere al cuerpo del Señor, ya al verdadero, ya al místico. Porque hay cosas del uno que parecen convenir a la persona y sin embargo no corresponden a una misma persona, como por ejemplo (Isaías, XLIV, 21, 22): *Siervo mío eres tú., oh Israel. Desvanecí, como a nube, tus maldades, y como a niebla, tus pecados: conviértete a mí, pues yo te he redimido.* Esto no corresponde a uno solo, porque hay una parte a quien se borran los pecados y a quien dice: *Siervo mío eres tú; y otra a quien se dijo: Conviértete a mí, pues yo te redimiré.* Y como se conviertan serán desvanecidos los pecados suyos. Y mediante esta regla de tal modo habla a todos la Escritura que ora reprende a los buenos con los malos, ora alaba a los malos por los buenos. Mas el prudente lector sabrá qué toca a cada uno.

179. La tercera regla se refiere a la letra y al espíritu, que es: a la Ley y a la Gracia: la Ley por la que se nos avisa de los preceptos que se deben cumplir; la Gracia, por la que somos ayudados a cumplirlos. O también en cuanto que la Ley debe ser conocida no sólo histórica, sino espiritualmente también. Porque tan preciso es tener fe en la historia, como necesario entender espiritualmente la Ley.

180. La cuarta regla es referente a los tropos, en que se ponen la especie en vez del género, la parte por el todo y el todo por la parte: como si habla Dios a una nación o a una ciudad, y con todo se subentiende que alcanza a todo el mundo. Ejemplo de los Salmos: *Y le adorarán con dones las ciudades dependientes de Tiro.* Las hijas (ciudades) de tiro están puestas por las ciudades del mundo, empleando sinécdoque y diciendo una especie en lugar del género, pues por medio de Tiro, tierra próxima a la en que moraba el Profeta, significaba a todas las naciones que creerían en Cristo. De donde muy bien prosigue (Ps. XLIV, 13): *Te presentarán humildes súplicas todos los poderosos del pueblo,* de la tierra. Asimismo por Isaías (XIII, 19), cuando el Señor amenaza al Asirio diciendo: *Y aquella Babilonia gloriosa entre los reinos, de la que se gloriaban los Caldeos, será, como Sodoma y Gomorra, arruinada por el Señor.* Pues aunque el Señor amenaza por el mentado Profeta a una ciudad, a Babilonia, no obstante mientras que contra ella habla, pasa de

lo especial a lo general, y endereza su palabra contra todo el mundo en general. Verdaderamente si no dijese contra el mundo todo, no añadiera antes (XIII, 11) generalmente: *Yo castigaré la tierra por sus maldades* y revistaré en el orbe las maldades, y las otras cosas que siguen tocantes al fin del mundo. Por esto añade: Esta es la determinación que he tomado acerca de toda la tierra; ahí está mi mano extendida sobre todas las naciones. Lo mismo que cuando en persona de Babilonia arguye al mundo universo diciendo: Yo castigaré la tierra por sus maldades y revistaré en el orbe las maldades; y las otras cosas que siguen tocantes al castigo final del mundo, de nuevo se dirige a ella, pasando de lo general a lo singular, exponiendo lo que especialmente aconteció a la misma ciudad: *He aquí que yo levantaré contra ellos a los Medos* (Isaías, XIII, 17). Porque reinando Baltasar fue Babilonia tomada por los Medos. Igualmente la profecía de Egipto, en persona del mismo, quiere abarcar todo el mundo al decir (Isaías, XIX, 12): *Y hare que vengan a las manos Egipcios contra Egipcios... reino contra reino*, siendo que no consta que Egipto haya tenido muchos reinos, sino uno solo.

181. La quinta regla es de los tiempos, en virtud de que se pone la parte mayor de un tiempo en vez de otra menor, o al revés, la parte menor en puesto de la mayor. Así sucede en el triduo de la sepultura del Señor. Aunque no estuvo yacente en el sepulcro tres días completos con sus noches, no obstante se tomó de la parte el todo del triduo. Igualmente del todo la parte, como es aquello (Génesis, VI, 3): *Los días de la vida del hombre serán ciento veinte años*; cuando tan solamente hubo cien años desde que el Señor decretó esto hasta el diluvio. Así también es aquello: Dios había predicho que por tiempo de cuatrocientos años servirían en Egipto los hijos de Israel, y después saldrían de allí: no obstante no sirvieron en Egipto cuatrocientos años, porque al dominar José dominaron en Egipto. Otra vez aquí se puso el todo por una parte, porque no salieron de Egipto al momento de pasados los cuatrocientos años, como había sido prometido; sino cumplidos cuatrocientos treinta retiráronse de Egipto. También pertenece a esta regla de los tiempos de narración de lo futuro como ya pasado; así es aquello (Ps., XXI, 17): *Han taladrado mis manos y mis pies, han contado mis huesos. Repartieron entre sí mis vestidos, y sortearon mi túnica*, y otras semejantes en las que se cuentan como verificadas las cosas que se habían de hacer. Mas cuando se escriben las cosas que han de hacerse, se dicen a nuestra manera; pero cuando se narran como sucedidas las cosas que han de suceder, hay que aceptarlas al modo de la divina eternidad; porque las que para nosotros

son aún futuras, ya están verificadas en la predestinación de Dios, en cuya presencia todo lo futuro está ya hecho.

182. La sexta regla trata de la recapitulación. Llámase recapitulación el resumen que hace la Escritura de algo cuyo relato había pasado descrito: así cuando la Escritura, habiendo conmemorado los hijos de los hijos de Noé; dijo que aquellos vivieron con sus lenguajes y razas propias; y con todo dice después, como si en el orden de los tiempos siguiese: *Era la tierra toda de una sola lengua y de unas mismas palabras.* ¿Cómo es pues que se separaron según las razas y lenguas, si todos tenían lenguaje único, si no es que la relación recapitula lo que ya había quedado atrás? Porque recapitular es mezclar con hechos futuros los asuntos de otros pasados. Como se hace en el Génesis, cuando en el día sexto refiere que fue formado el hombre y luego recapitulando lo hecho, dice (I., 4, 5, 6): *E hizo Dios al hombre a imagen suya.* Igual también que cuando dice que Dios descansó en el día séptimo, recapitulando anota: *Tal fue el origen del cielo y de la tierra, cuando fueron criados, en aquel día en que el Señor Dios hizo el cielo y la tierra, y todas las plantas del campo antes que naciesen en la tierra; porque el Señor Dios no había hecho llover aún sobre la tierra, ni había hombre que la cultivase. Salía empero de la tierra una fuente, que iba regando toda la superficie de la tierra*". Recapitulando todas estas cosas, en la serie de la narración se entrelazan con otras futuras, pareciendo que también éstas fueron hechas dentro de los seis días.

183. La séptima regla se refiere al diablo y al cuerpo de él, porque con frecuencia se atribuyen al mismo, como a cabeza, cosas que más corresponden a su cuerpo; y otras veces están atribuidas a los miembros suyos cosas que parecen no convenir más que a él, como cabeza. Sirva de ejemplo Isaías, XIV, 12, en donde habiendo en contra de Babilonia, que es cuerpo del diablo, al punto deriva su sentencia contra la cabeza, contra el diablo, diciendo: *¿Cómo caíste del cielo, oh Lucero, que brillabas por la mañana?* Otras veces por el nombre del cuerpo se sobrentiende la cabeza, como en el Evangelio de la cizaña mezclada con el trigo, al decir el Señor: *El hombre enemigo lo hizo,* llamando hombre al mismo diablo, y señalando la cabeza con el nombre del cuerpo. También con el nombre de la cabeza está significado el cuerpo, como cuando se dice en el Evangelio (Joan, VI, 71): *¿No os escogí a todos doce, y con todo, uno de vosotros es un diablo?* , indicando ciertamente a Judas, que fue cuerpo del diablo. Porque el ángel apóstata es cabeza de todos los malos, y miembros de tal cabeza son todos los malos. Y de tal manera es

uno con sus miembros, que muchas veces lo que se dice a su cuerpo, antes se refiere a su persona; y al contrario, lo que a él se dice, se deriva a sus miembros.

CAPITULO XX

De la diferencia de los Testamentos.

184. Algunos no reciben el Antiguo Testamento por razón de que unas cosas se hacían en los tiempos primeros y otras en los nuevos. No entienden que Dios con una grande providencia a cada época concedió lo que le era conveniente. Así en la Ley manda las nupcias, y en la Ley Evangélica recomienda la virginidad; en la Ley se autoriza a quitar ojo por ojo, en el Evangelio se enseña a presentar una mejilla al que pega en la otra. Aquellas empero se dieron an un pueblo frágil y temporalmente, éstas al pueblo perfecto, a entrambos no obstante recomendando lo que era conveniencia propia de aquel tiempo. Y a pesar de esta mudanza no debe pensarse que Dios es mudable, antes bien debe ser pregonado admirable por ello; ya que, permaneciendo inmutable, como queda dicho, con grande providencia concedió lo que era acomodado a cada tiempo.

185. En el Antiguo Testamento los pecados eran menos culpables, porque en él no estaba presente la verdad misma, sino la sombra de la verdad. Pues en el Nuevo Testamento algunos hechos, que en aquel pueblo habían servido a la sombra de la verdad, se nos ha mandado con mandamientos más altos que deben dejarse. En el Antiguo Testamento están permitidas la fornicación y la vindicta privada y no dañaban; mas en el Nuevo están condenadas con grave castigo, si se admiten.

CAPITULO XXI

Del símbolo y de la oración.

186. El símbolo de la fe y la oración dominical es suficiente en lugar de toda la Ley a los párvulos de la Iglesia para alcanzar el reino de los cielos. Porque toda la extensión de las Escrituras está contenida en la

oración dominical y en el breve símbolo. Por esto el Profeta Isaías, XXVIII, 22, dice: *Del Señor de los ejércitos es de quien he oído la destrucción de toda la tierra.. Prestadme vuestra atención y oíd mi voz.* Mas esta destrucción (abreviación) o se entiende de lo que dice el Señor (Math., XXII, 40): Que toda la Ley y los Profetas está cifrada en los dos mandamientos del amor de Dios y el prójimo, o de la misma oración dominical y del breve símbolo, en los que vemos que está contenida toda la extensión de las Escrituras, conforme se ha dicho.

CAPITULO XXII

Del Bautismo y Comunión.

187. Que sola la Iglesia Católica tiene el bautismo de salvación lo atestigua el Profeta Zacarías, XIII, 1: *En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David, y para los habitantes de Jerusalén; a fin de lavar las manchas del pecador y de la mujer inmunda.* Porque casa de David y Jerusalén es la Iglesia de Cristo, en la cual mana una fuente para lavar los pecados. Los herejes empero hacen esto de una imaginaria forma y por lo tanto el bautismo no se les da para remisión de pecados, sino para testimonio de suplicio.

188. Sólo por el reato original pagan en el infierno los infantitos recién nacidos, si no fueron renovados por el bautismo. Así con razón es condenado el recién nacido infante, si no está regenerado; pues está muerto por la culpa original.

189. ¿Por qué los párvulos que carecen del pecado original por el bautismo y que aún no tienen delitos personal son destrozados por las fieras y sufren con otras penas? Una razón es ésta: porque el Bautismo libra de la pena eterna, pero no de las penalidades de la vida presente. Porque si los hombres fueran liberados de los males presentes por medio del Bautismo, tendrían esto mismo como premio del Bautismo y no el premio eterno. Por tanto, perdona el reato del pecado, queda no obstante una cierta pena temporal para que se busque más ardientemente la vida aquella que estará libre de toda pena.

190. Ningún fiel niega que también después del Bautismo, por el que los pecados quedan perdonados, mientras vivimos en este siglo, a diario debemos convertirnos a Dios. Lo cual por más que haya de hacerse

cada día sin interrupción, sin embargo nunca será suficiente haberlo hecho.

191. Los que están todavía en los úteros maternos no pueden ser bautizados con la madre, porque el que no ha nacido aún según Adán, no puede renacer según Cristo, pues no puede decirse que hay regeneración en quien no precedió generación. (Can. a Grat. Cons. dist., 4.)

192. De quienes dentro de la Iglesia viven no según la dignidad de la Iglesia, sino que con las obras destruyen la fe que sostienen con la palabra, se lee: Multiplicáronse en gran manera, sobreentendiendo en el reino de los predestinados.

193. Quienes viven criminalmente en la Iglesia y no cesan de comulgar, pensando que con tal comunión se limpian, sepan que de nada las aprovecha para limpiarse, según dice el Profeta (Jer., XI, 15): *¿cómo es que mi querido ha cometido tanta maldades en mi casa? ¿Acaso las carnes sacrificadas te han de purificar de tus maldades?* y el Apóstol (Cor., XI, 28): *Examínese a sí mismo el hombre; y de esta suerte coma de aquel pan y beba del cáliz.* (Can. a Grat. Cons. dit., 2.)

CAPITULO XXIII

Del Martirio.

194. El siervo de Dios por ninguna adversidad se quebranta, sino que en defensa de la verdad voluntariamente se ofrece al combate y jamás retrocede en pro de la verdad.

195. Sucede frecuentemente que algunos de entre los discípulos son elegidos para el martirio y se adelantan a sus maestros en recibir la corona, y los que por orden son los últimos, hácese algunas veces los primeros en la batalla.

196. El hombre santo debe ofrecerse voluntariamente a la justicia para salir a la palestra; pero sin embargo, viendo el ubérrimo fruto de la pelea, no debe esquivar la prueba del trabajo. Porque si el trabajo es mayor que el lucro de las almas, debe rehuírse el trabajo, al que se sigue mínimo provecho. Ambas cosas hizo el Apóstol, quien ya se ofreció voluntariamente a los peligros, cuando vio un máximo lucro de las almas, ya se sustrajo prudente del peligro, cuando previó que era más grande el trabajo que la ganancia. Pablo en Efeso se prestó voluntariamente a las

pruebas, porque vio que la ganancia era más importante que el peligro (o prueba). Pero en Damasco, donde no apreció fruto alguno del peligro mismo, se apartó por sí mismo del peligro.

197. Aprende como cualquiera se ofrece voluntariamente al martirio, y cómo, según la sentencia del Señor, es otro quien obliga y le lleva a donde él no quiere: es que el justo ora se alegra por la gloria que provendrá de la pelea, ora rehuye padecer lo que duele por la violencia del sufrimiento.

198. Toma ejemplo de acudir al martirio temblando de lo que pasa al guerrear. Entonces cualquiera militar acomete con audacia en el combate, pero también se siente movido por la incertidumbre.

199. Asimismo toma como ejemplo del martirio una operación necesaria para la salud del cuerpo humano. En ella cada enfermo está conforme por la esperanza de la curación, y se siente triste de las incisiones, que toma como amarguísima poción.

CAPITULO XXIV

De los milagros de los Santos

200. Aunque a los Apóstoles fue dado el poder de obrar milagros y portentos, a fin de nutrir la fe de las naciones a la Iglesia ha sido dado el poder de las obras para hermohear la misma fe. Y con todo más admirable era en los mismos Apóstoles el poder de las obras, que el de los portentos. Y así también ahora es mejor el vivir bien que el hacer prodigios.

201. Si la Iglesia no hace ahora los hechos admirables que hacía en tiempos apostólicos es por esta razón: porque entonces era necesario que el mundo creyese por los milagros, mientras que ahora que ya es creyente, es necesario que brille con buenas obras. Que para esto se hacían entonces visiblemente los prodigios, para que invisiblemente se robusteciera la fe.

202. Ya quienquiera busque milagros en la fe, busca el ser alabado por vanagloria. Porque escrito está (I Cor., XIV, 22): *Las lenguas es una señal no para los fieles, sino para los infieles*. Mira que la señal no es para los fieles, que ya creyeron, sino para los infieles a fin de que se conviertan. Porque Pablo cura de fiebres al padre de Publio para vencer la infidelidad de los que no creían; pero a Timoteo, que estaba enfermo,

le socorre no con palabras prodigiosas, sino con medicina; para que conozcas que los milagros se hacen para los infieles, no para los fieles.

203. Antes que aparezca el Anticristo cesarán en la Iglesia los milagros y las prodigiosas señales; para que viéndolas como más abatida, la persigan con más atrevimiento. Por causa de esta utilidad cesarán en la Iglesia a los milagros y prodigios en tiempo del Anticristo, para que así resplandezca tanto la paciencia de los santos, como la ligereza de los réprobos que se escandalizaban, y la osadía de los perseguidores se haga más cruel.

CAPITULO XXV

Del Anticristo y sus señales

204. Es Anticristo todo aquel que no vive según la norma de la profesión cristiana, o todo el que enseña de otra manera.

205. Muchos que no han de ver los tiempos del Anticristo serán no obstante contados entre los miembros de él.

206. Antes que venga el Anticristo le han precedido muchos miembros suyos, y en razón de las malas acciones precedieron a su cabeza, según una sentencia del Apóstol (2 Thes., 11, 7), quien afirma que *ya va obrando el misterio de iniquidad*, aun antes de que sea manifestado.

207. La magnitud de las señales bajo el Anticristo hará por manera que aun los escogidos, si fuera posible, caerían en error (Math., XXIV, 24). —Mas si son escogidos, ¿cómo han de verse caídos en error?— Caerán no obstante en error titubeando por un momento a causa de la muchedumbre de los prodigios, pero no han de ser derribados de su estabilidad por el empuje del terror y de los portentos. Que por esto se pone “si fuera posible”: porque los escogidos no pueden perecer, sino que, arrepintiéndose pronto, corregirán religiosamente el error del corazón, sabiendo que para esto lo predijo el Señor, para que cuando esto hagan los adversarios, no se conturben los santos.

208. Cuando venga el Anticristo hará tan grandes maravillas y prodigios, que hasta en los elegidos nacerá cierto escrúpulo de corazón, que será no obstante vencido pronto por la razón, por la cual sabrán que tales portentos son hechos para engaño de los réprobos y para prueba de los escogidos. Tiempo en el cual los santos serán gloriosos por la

paciencia, no por los milagros, como lo fueron los anteriores Mártires. Porque ellos soportarán no tan sólo a los perseguidores, sino a obradores de portentos. Además soportarán también más dura guerra, porque habrán de luchar no sólo contra los que persigan, sino que también contra los que brillen con maravillas.

209. En los tiempos del Anticristo la Sinagoga se ensañará contra la Iglesia más duramente que persiguió a los cristianos en tiempo de la venida del Salvador.

210. Puesto que el diablo, aun atado, tan grande crueldad ejerció contra los Mártires, más cruel será en los tiempos del Anticristo, cuando estará suelto. Porque si atado hizo tanto, ¿cuánto no hará estando suelto?

221. Cuanto el diablo ve más cercano el fin del mundo, tanto más crueles persecuciones levanta, porque como está viendo que de seguida será condenado, multiplíquese los compañeros con quienes esté condenado a los fuegos del infierno.

222. El diablo cuanto ve que es corto el tiempo que le queda para ser condenado, tanto más iracundo promueve la persecución, permitiéndolo la divina justicia, para que los escogidos sean glorificados, se manchen los malvados, y para que aumente la sentencia de condenación más dura para el diablo.

CAPITULO XXVI

De la resurrección.

213. En esta vida se da el comienzo de la paz de los santos, no el completo. Mas entonces vendrá la plenitud de la paz, cuando absorbida la enfermedad del cuerpo estén dispuestos para la contemplación de Dios.

214. Como el Apóstol dice (Ephes., IV, 13), la resurrección será “a la medida de la edad perfecta según Cristo”, es decir, de la edad de la juventud, que no necesita perfeccionamiento ni declina con las deficiencias de perfección, sino que por ambos lados es completa y robusta.

215. Aunque ahora los fieles se llaman con nombre de hijos de Dios, no obstante, por lo mismo que sufren esta servidumbre, recibirán la perfecta libertad de hijos de Dios, cuando este cuerpo corruptible sea revestido de incorruptibilidad (I Cor. XV, 53).

216. Dios es ahora conocido como en espejo, mas en lo futuro todos los escogidos estarán presentados cara a cara, para que contemplen la misma hermosura que ahora trabajan por ver en espejo.

217. En esta vida se dice que la Iglesia de Dios se contempla con el número de los escogidos, que están a la diestra, y el de los réprobos que irán a la siniestra, pero que al fin del mundo serán separados, como la cizaña y el trigo.

CAPÍTULO XXVII

Del Juicio

218. Cristo conoció el día del juicio, pero no quiso ni decirlo en el Evangelio ni que sus discípulos lo conocieran. Pues cuando el mismo Señor dice por el Profeta (Isaías, LXIII, 4): *El día fijado en mi corazón para tomar venganza*, indica que El no lo desconocía, aunque no quería indicarlo.

219. Por la casa del Señor comienza el juicio, como está escrito, cuando los escogidos, que son la casa de Dios, son juzgados aquí por los azotes, mas los impíos serán allí juzgados para condenación. Por esto prosigue (1 Petr., IV, 17): *Y si primero empieza por nosotros, ¿cuál será el paradero de aquellos que no creen en el Evangelio de Dios?*

220. En el examen del justo juez ni la justicia del justo está segura, si no fuera por la piedad divina, a fin de que hasta la justicia por que cada uno es justo sea justificada por el Dios que justifica. De otra suerte delante de Dios la misma es también pecado. Esto es por lo que dice Job, IX, 22: *El consume así al inocente, como al impío*. Porque Dios consume al inocente, cuando la misma inocencia más claramente buscada y comparada con la inocencia divina es anulada, de no ser que el hombre sea también justificado allí por la piedad de la misericordia divina. Dios asimismo consume al impío, cuando con la perspicacia del examen divino es buscado y una vez descubierta la impiedad, es juzgada y condenada.

221. El inocente y el impío consumidos son del mismo modo en la muerte corporal, mas no en cuanto a la pena de condenación.

222. Igual mueren el docto y el ignorante, pero es mirando a la muerte del cuerpo, no al castigo de la condenación. Pues todo camina a un solo lugar (Ecles. III, 20), al que por la muerte corporal son conducidos así el justo como el impío; pero la retribución no es igual, como está

dicho por Salomón (Eccles. VI, 8): *¿Cuál es la ventaja del sabio respecto del insensato, sino el encaminarse allá donde se halla la vida?* Luego todos igualmente vuelven a la tierra, más allá donde se encuentra la vida, no van igualmente.

223. Doble es la sentencia del impío, una cuando por sus deméritos es aquí herido de ceguera mental, para que no vea la verdad; la otra en la muerte, cuando será condenado, para que pague las debidas penas.

224. Doble es el juicio divino: el uno con el que los hombres son juzgados ya ahora, ya en lo venidero; el otro, con el que son juzgados ahora para no ser juzgados después. Y por tanto para algunos la pena temporal sirve de purgación, para otros empero está aquí el principio de la condenación y allí se consumará la temida perdición.

225. En el juicio los réprobos verán la humanidad de Cristo, en la que fue juzgado, para que sufran dolor; pero no verán su divinidad, para que no gocen. Porque a los que se manifiesta la divinidad, cierto que se les muestra para que gocen.

226. Según el estado de las conciencias aparecerá Cristo, ora manso, a los elegidos; ora terrible, a los réprobos. Porque según la conciencia que cada cual lleva, tal juicio tendrá: de modo que estando Cristo invariable en su tranquilidad aparecerá terrible sólo a los que estén acusados de maldad por la conciencia.

227. En el juicio hay dos clases u órdenes de hombres, a saber: de los escogidos y de los réprobos, que a su vez se subdividen en cuatro: dos de aquellos reinarán con Cristo. En esta forma la clase de los réprobos se parte en dos: pues los que son malos dentro de la Iglesia han de ser juzgados y condenados; mas los que se encontrarán fuera de la Iglesia no serán juzgados, sino sólo condenados.

228. Así pues el orden primero, de los que son juzgados y perecen, es opuesto al orden de los buenos, en el que se encuentran los que son juzgados y reinan. El segundo orden, de los que no son juzgados y se pierden, es opuesto a aquel orden de los justos, en el que están los que no son juzgados y reinan. El tercer orden, de aquellos que son juzgados y reinan, es contrario al orden al que corresponden los que son juzgados y perecen. El orden cuarto, de aquellos que no son juzgados y reinan, es opuesto al orden contrario en que están los que no son juzgados y perecen.

CAPITULO XXVIII

Del infierno.

229. En el infierno hay una doble pena para los condenados, cuya alma abrasa la tristeza, y cuyo cuerpo queman llamas, según le corresponda; para que quienes maquinaron en la mente lo que ejecutarían con el cuerpo, juntamente sean castigados, tanto en el alma como en el cuerpo.

230. El fuego del infierno tiene algo que alumbra y algo que no alumbra: es decir, es luminoso para condenación, para que los impíos vean lo que les cause dolor; pero no es luminoso para consolación, para que no vean lo que es causa de gozo.

231. Sirva de buena comparación la del horno de los Tres Jóvenes parangonado con el fuego del infierno. Pues como el fuego aquel no ardió para suplicio de los Tres Jóvenes y ardió para quemar las cuerdas y ligaduras; así el fuego del infierno por un lado lucirá para aumentar a los miserables la pena, viendo lo que les duela, y no alumbrará para consolación, viendo lo que les pueda consolar.

232. Grande es la diferencia existente entre la miseria de esta vida y la de la infelicidad eterna. Porque allí la miseria es por causa del tormento de los dolores, y las tinieblas a causa de la aversión de la luz: en esta vida hay una de ellas, la miseria, la otra no; pero en el infierno están las dos.

CAPITULO XXIX

De las penas de los impíos

233. Así como los manojos de leña para quemar se recogen de los que se parecen, así en el día del juicio los reos de culpa semejante serán juntados a los que se les parezcan. De este modo justamente la pena separará en fajos a los que en obrar mal fueron parecidos.

234. Así como en el juicio venidero cada uno de los santos recibirá glorificación proporcionalmente al cúmulo de las virtudes; así cada impío será condenado en proporción con la cantidad de maldades, sin que falte el orden de la pena en los suplicios futuros, pues estarán en

proporción de los crímenes, aseverando el Profeta que habrá diversidad de penas.

235. También los suplicios de los seres queridos añadirán asimismo pena a los difuntos: lo predica el Evangelio al rico que estaba en los infiernos, y lo dice igualmente el Salmo CVIII, 10 para aumentar el castigo de Judas: *Anden prófugos y mendigos sus hijos.*

236. Los impíos estarán castigados más duramente con dolor del alma, porque verán que los justos han merecido la bienaventuranza de la gloria.

237. Viéndolo todo el diablo será precipitado, cuando en presencia de todos los ángeles buenos y de los hombres, que estarán de su parte con ellos, será arrojado en el fuego eterno.

238. Cuando el diablo sea arrebatado para ser condenado, muchos escogidos, que se han de encontrar en las carnes al venir el Señor para el juicio, se han de estremecer de miedo, viendo la sentencia con que fue castigado el impío; temor con el que se purificarán, porque si aún les quedaba algo del cuerpo del pecado, por el mismo miedo con que ven que el diablo es condenado, se purificarán.

239. En el día del juicio muchos de los que ahora parecen ser escogidos y santos es posible que perezcan. El Profeta (Amos, VII, 4) dice: *Dios llamaba al fuego para que fuese instrumento de su justicia; el cual secó un grande abismo y consumía al mismo tiempo una parte del pueblo.* Porque será devorada una parte de la casa, ya que el infierno se sorberá aun aquellos que se vanaglorian ahora de andar por los mandamientos celestes; de quienes dice el Señor (Math., VII, 22): *Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor, Señor!, pues ¿no hemos profetizado en tu nombre, y lanzado en tu nombre los demonios, y hecho milagros en tu nombre? Mas entonces yo les protestaré: Jamás os he conocido: apartaos de mí, operarios de la maldad, no os conozco.*

CAPITULO XXX

De la gloria de los Santos

240. El afecto de condolencia no hará desgraciado el corazón de los justos por compadecer a los dañados en la otra vida, en la cual a los Santos sólo corresponderá el gozo de la contemplación de Dios sin ningún resquicio para que entre la tristeza.

241. Lo mismo que el color blanco junto al color negro resalta más hermoso, así por la desdicha de los malos condenados resaltarán más dicha de los Santos.

242. Como destaca la justicia al lado de la injusticia, y la virtud al lado de las penas de los pecados.

243. A los Santos se ha prometido, para después de la resurrección de la carne, la ascensión a los cielos, al decir Cristo (Joan, XVII, 24) al Padre: *Quiero que estén conmigo allí donde yo estoy*. Porque si somos miembros de la cabeza y Cristo es uno en sí y en nosotros, cierto es que donde El ascendió, también nosotros subiremos.

INDICE

INTRODUCCIÓN.....	3
PRÓLOGO PRIMERO.....	7
PRÓLOGO DE SAN ISIDORO.....	9

DE LOS SINONIMOS EN LA LAMENTACION DEL ALMA PECADORA

LIBRO PRIMERO.....	11
--------------------	----

DE LOS SINONIMOS EN LA LAMENTACION DEL ALMA PECADORA

LIBRO SEGUNDO.....	31
AVISOS DE LA RAZÓN.....	33
De la fornicación.....	33
De la castidad.....	33
De la oración.....	34
Del ayuno.....	34
De las miradas y del ocio.....	35
De la humildad.....	36
Se han de llorar los pecados incesantemente.....	37
Del temor.....	38
Del cuidado y de la solicitud.....	38
De la ira.....	39
De la paciencia.....	39
De la tolerancia.....	40
De la reconciliación.....	40
De la envidia.....	41
De la paz.....	41

Que hay que evitar la riña	42
De la imitación de los buenos	42
De la lengua	44
Que hay que evitar la malediciencia	45
De la mentira	46
Que se ha de cumplir el voto	47
De Dios y de la conciencia	48
De la buena y de la mala costumbre	49
De la sabiduría y de la ignorancia	50
De la doctrina	50
De la curiosidad	52
No hay que obedecer a las leyes malas	53
De los prelados	53
Cómo debe portarse cada uno de los hombres	56
De la brevedad de esta vida	57

LIBRO PRIMERO DE LAS SENTENCIAS

Introducción	63
Capítulo I. Dios es el Bien Sumo e inmutable	75
Capítulo II. Dios es inmenso y omnipotente	76
Capítulo III. Dios es invisible	77
Capítulo IV. Dios es Creador: conócese por la hermo- sura de la creación	78
Capítulo V. A Dios apropiamos formas a nuestro modo	79
Capítulo VI. Dios es eterno: en El no hay sucesión, todo es acto	80
Capítulo VII. Del tiempo	81
Capítulo VIII. Del mundo	82
Capítulo IX. Del mal: no es criatura de Dios	85
Capítulo X. De los Angeles	87
Capítulo XI. Del hombre	91
Capítulo XII. Del alma y sus potencias	93
Capítulo XIII. De los sentidos corporales	94
Capítulo XIV. De Cristo: Dios-Hombre	95
Capítulo XV. Del Espíritu Santo	98
Capítulo XVI. La iglesia y las herejías	100
Capítulo XVII. De los gentiles	102

Capítulo XVIII.	De la Ley o Sagrada Escritura	103
Capítulo XIX.	De siete reglas para entender la Ley	105
Capítulo XX.	De la diferencia de los Testamentos	109
Capítulo XXI.	Del Símbolo y de la oración	109
Capítulo XXII.	Del bautismo y comunión	110
Capítulo XXIII.	Del martirio	111
Capítulo XXIV.	De los milagros de los Santos	112
Capítulo XXV.	Del anticristo y de sus prodigios	113
Capítulo XXVI.	De la resurrección	114
Capítulo XXVII.	Del juicio	115
Capítulo XXVIII.	Del infierno	117
Capítulo XIX.	De las penas de los impíos	117
Capítulo XXX.	De la gloria de los Santos	118